

¿Estamos Americanizándonos?

por Sebastián Salazar Bondy

La pregunta que encabeza esta nota constituye la misma, en torno a la cual un diario mexicano está realizando una encuesta entre los más destacados intelectuales de ese país. La interrogación, de otro lado, no es frecuente sólo en América Latina, sino que actualmente se la hacen bastantes países europeos —Francia, Italia, España, etc.— y una gran parte de los de África y Asia. “Americanizarse” es, para el criterio sin profundidad que preside esa indagación, disfrazarse de norteamericano, adoptar formas, caracteres, modos y expresiones típicos de la cultura norteamericana, deponiendo en tal asunción lo que es propio y nacional. Y la opinión con respecto a este fenómeno de adaptación, de todos los pueblos que se hallan en la esfera occidental, de las maneras yanquis, es de dos clases: una de resistencia y rechazo, y otra de aceptación y regocijo. La primera sostiene que con la “americanización” nos disolvemos como nacionalidad, y la segunda reputa la influencia exterior como civilizadora. Entre nosotros, es corriente hallar gentes que piensan de aquella o de esta forma: tozudos defensores de la originalidad aun a costa del progreso y obsecuentes servidores de la uniformidad meramente externa. Claro que obran en ambos tipos de individuos ideas y consideraciones que no siempre son racionales, que responden a concepciones más o menos sentimentales de la realidad.

Una respuesta, de las muchas que el diario mexicano a-ludido ha acogido en sus páginas, merece por eso, especial atención. La de Leopoldo Zea, uno de los más agudos filósofos de la historia de la nueva generación intelectual del país azteca, el cual ha contestado a la encuesta con la síntesis periodística de lo que es parte del meollo de su pensamiento sobre América Latina y sobre lo la-

tinoamericano. Dice Zea que lo que se denomina “americanizarse” es, más bien, “occidentalizarse”. Para él, Occidente es ese sector de Europa que en el siglo XVII implanta determinados valores, cuya más concreta realización encarna Inglaterra. Dichos valores son los de las instituciones democrático-liberales y del capitalismo industrial. Dicho Occidente no es el que representaron, a su turno, Grecia, Roma y el cristianismo. Los Estados Unidos, con el correr de los siglos, no sólo han llevado a su máximo la expansión de los valores de aquella Europa Occidental, apunta Zea, sino que también han llevado a su más amplio desenvolvimiento expresiones por ellos elaboradas, que han retornado al crisol europeo influyéndolo poderosamente. Entonces, Europa —que echara por la borda la cultura clásica y cristiana— se ha querido preservar de esta hegemonía norteamericana oponiéndole todo aquello que desechó para hacer prevalecer en ella y el mundo que dominaba el industrialismo y la democracia liberal.

América, según Zea, también quiso en su aurora republicana “occidentalizarse”. Su propósito esencial, a raíz de las guerras por la independencia, fue el establecimiento en su jurisdicción de los valores democrático-liberales —cuyo modelo norteamericano tuvo por el más perfecto, pues conjugaba armoniosamente el parlamentarismo inglés y el espíritu liberal francés— y, en consecuencia, el ingreso al mundo industrial y técnico que esos valores trataron de llevar a su total desarrollo. En ese sentido nos hemos “americanizado” y queremos “americanizarnos”, aun contra los obstáculos que provienen de los Estados Unidos, del Occidente que ese poderoso país encabeza. “Al igual que los norteamericanos en los Estados Unidos, los ingleses en Inglaterra y los franceses en Francia no queremos otra cosa

—concluye Leopoldo Zea— que desarrollar nuestras instituciones liberales y democráticas, y nuestra industria con una técnica que dé un mayor bienestar a nuestro pueblo y un gran respeto a lo que también consideramos como nuestra soberanía”.

¿Quiere decir esto que debemos renunciar a nuestro modo de ser? ¿Qué nos “americanizaremos” hasta el extremo de perder nuestro sello peculiar, nuestra marca nacional? Este, para Zea “no es un problema que ha de resolverse gritando contra la llamada “americanización”, ni hablando violentamente contra ella”, sino tomando una autoconciencia, buscando en nosotros mismos, en nuestra historia y nuestra realidad, lo que nos distingue básicamente como individuos dentro de la comunidad mundial. Desaparecerá lo superfluo que poseemos —como desaparece en Francia, en la India, en el Japón—, para que prime nuestra esencia, que por fuerte, antigua y rotunda no habrá de sucumbir en esta asimilación al universo. “Este modo de ser concreto no tiene por qué estar en contradicción o en oposición con la adquisición de esos valores que hemos llamado “occidentales”, sino, por el contrario, puede ser su mayor garantía”, ya que un pueblo que se conoce y conoce su lugar, es un pueblo con genio. Es necesario advertir, al finalizar, que al cumplir esta tarea de occidentalización no cabe ni el furor por defender lo superficial que sucumbe, ni el regocijo frívolo por la adopción de otras superficialidades extrañas. Nuestro ingreso a un mundo fraternal, en el que no habrá ni discriminaciones, ni abusos, ni predominios crueles, ni intollerancias violentas, ni esclavitudes o servidumbres materiales y espirituales, se hará dignamente, como la adhesión de una comunidad a la gran comunidad del universo libre.